



# JOSEP MARIA MIRÓ

## El Monstruo / El Monstre

XXXII Premio SGAE de Teatro Jardiel Poncela

Edición bilingüe: castellano / catalán

teatroautor

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

Sense l'autorització per escrit de l'editorial, no es permet la reproducció total o parcial d'aquesta obra, ni tampoc el seu tractament o transmissió per cap mitjà o sistema.

De la mateixa manera, tots els drets que en dimanen, sigui quina sigui la naturalesa d'aquests, així com les traduccions que se'n puguin fer, incloent-hi igualment les representacions professionals i d'aficionats, les pel·lícules de curt i llarg metratge, la recitació, la lectura pública i la retransmissió per ràdio o televisió, queden estrictament reservats. Es posa especial èmfasi en el tema de les lectures públiques, el permís de les quals s'haurà d'assegurar per escrit.

Les sol·licituds per a la representació d'aquesta obra, de tota classe i en qualsevol lloc del món, hauran de dirigir-se a la Societat General d'Autors i Editors, SGAE, al carrer de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, Espanya.

**JOSEP MARIA MIRÓ**

**El Monstruo / El Monstre**

Primera edición / Primera edició, 2024

© De *El Monstruo / El Monstre*: Josep Maria Miró Coromina

© De la traducción al castellano / De la traducció al castellà: Eva Vallines Menéndez

© Para esta edición / Per a aquesta edició: Fundación SGAE, 2024

Coordinación editorial / Coordinació editorial: Pilar López

Diseño gráfico y de cubierta / Diseny gràfic i de coberta: José Luis de Híjes

Maquetación / Maquetació: spandaeditorial.com

Corrección / Correcció: Mariona Gratacòs para Manners Traduccions, SL

Logotipo de la colección / Logotip de la col·lecció: Francisco Nieva

Imprime / Imprimeix: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

[www.fundacionsgae.org](http://www.fundacionsgae.org) [publicaciones@fundacionsgae.org](mailto:publicaciones@fundacionsgae.org)

ISBN: 978-84-8048-954-6

ISBN electrónico / ISBN electrònic: 978-84-8048-955-3

DL: M-18977-2024

# **El Monstruo**

## **Personajes**

ALGUIEN

SANTI

BERTA

### **Notas previas a la lectura**

/ Indica que la réplica siguiente corta inmediatamente lo que se está diciendo. Si aparece dentro del parlamento de un mismo personaje, indica que la frase que viene a continuación corta abruptamente la idea anterior.

(...) Indica una réplica o reacción no verbal. Quizá solo un suspiro, una mirada, o un pequeño gesto.

--- Indica el encadenamiento entre dos frases, finalizadas o no, enlazando la última sílaba de una palabra con la primera de la otra, con una misma respiración y sin contemplarlo como un punto.

No hay ningún oscuro durante toda la obra.

ALGUIEN.— Noche. Es de noche. Siempre será de noche. Esta es una de las casas más bonitas del pueblo. Es de piedra y tiene un patio con un laurel que sobrevivió a un rayo que lo partió por la mitad. Estoy en el segundo piso. Entro en la habitación de Berta. Duerme. También Santi. ¿Sueñan? Quizá. Deben de soñar. Sí, sueñan. El sueño de él ha tomado cuerpo y busca el de ella, que se deshace de él. Al poco es Berta la que se desvela y se incorpora. ¿Qué te pasa, Berta? Nunca cierran las persianas y la luz de la luna, en cuarto creciente, cubre el cuerpo de Santi. Berta me ha visto, observándolos en la oscuridad desde la puerta. Me sonríe. Yo también le sonrío. Me observa. Se pone encima de Santi y empieza a moverse. Berta se mueve deliciosamente, de una forma que hechiza. Coloca las manos encima de su pecho peludo y las desliza hasta juntarlas encima de su cuello. Las aparta, detiene el movimiento, se retira de encima de él y vuelve a tumbarse y, quizá, finge que se duerme. Santi, medio adormilado, quizá llora. ¿Por qué lloras, Santi? Me voy a la habitación de Adrià. En esta casa, nadie cierra las persianas, tampoco las puertas. Adrià está tumbado en la cama. Escucha música. A menudo se queda dormido con los auriculares puestos. Me gusta Adrià. Entro, me hace sitio y me tumbo a su lado. Se dormirá en un rato. Adrià, para dormir, solo lleva una camiseta. A veces, a media noche o de madrugada, se levanta, va al baño o a la cocina a beber un vaso de agua. La cocina está en el piso de abajo. Hay un baño arriba y también otro abajo. Él va al de abajo para evitar que su madre y Santi escuchen el sonido de la cisterna y se despierten. La casa tiene el suelo de madera y todos pasean descalzos. Es cálido, como toda la casa. Hay que

ir con cuidado. Algunas partes crujen. Es un crujir que parece un grillo en un intento desesperado de afinación. A veces, cuando Adrià sube de la cocina o del baño, se acerca a la puerta de la habitación donde duermen Berta y Santi. Santi vive con su padre y no se queda todas las noches. Muchas, pero no todas. A menudo, pero no siempre. Santi me recogió y me trajo a esta casa. Era una noche que llovía a cántaros. Yo estaba empapado, en medio de la antigua carretera de salida del pueblo. No pasan muchos coches, pero todavía puedes encontrarte a alguien perdido... deambulando... haciendo autostop. ¿Por qué? Santi detuvo el coche, bajó, me cogió en brazos, muy delicadamente, y me puso en el asiento de atrás. No se asustó. Yo tampoco. Ninguno de los dos dijo nada. Mientras conducía, me pareció que temblaba. También que lloraba. No me lo pareció. Lo vi a través del retrovisor. En alguna de las visitas de Adrià a la cocina o al baño, se planta en el umbral de la puerta de la habitación de su madre y se queda un rato mirando cómo duermen. En alguna ocasión los pilla haciendo el amor. A veces, yo lo acompaño. Se agacha, hunde sus dedos en mi cabeza, me acaricia y nos quedamos, cómplices en silencio y en la oscuridad, como dos búhos, mirando sus cuerpos. A Santi y a Berta, les gusta encontrar mis ojos en la oscuridad, contemplando cómo hacen el amor. No les haría tanta gracia encontrarse con los del hijo de Berta. Adrià, finalmente, se ha dormido con los auriculares puestos y la luz encendida. Hay alguien en el baño. Ha entornado la puerta. Extraño. Entro. Es Santi. Hace un gesto de sorpresa y se sube rápido los calzoncillos. Me pone la mano en el cuello. Parece que vaya a estrangularme. Me gusta que me agarre con este gesto violento, pero que acabe acariciándome. Se levanta de la taza del váter y vuelve a la habitación. Coge algunas prendas de ropa y se va al piso de abajo. Mete la mano dentro de un jarrón como si fuese a sacar algo guardado en el fondo. No lo hace. ¿Qué ibas a hacer, Santi? Ahora comienza a vestirse. Una vez vestido se queda quieto en el sillón, mirándome fijamente a los ojos, como el día que me trajo por primera vez a esta casa.

BERTA.— No lo parece.

SANTI.— Claro que lo es.

BERTA.— No pensarás endosármelo.

SANTI.— No puedo hacerme cargo de él. Solo temporalmente. Estaré casi un mes trabajando fuera.

BERTA.— Un mes...

SANTI.— Aún no me he ido y ya te echo de menos.

BERTA.— No seas ridículo.

SANTI.— Me he acostumbrado.

BERTA.— (...)

SANTI.— A tu olor.

BERTA.— Ya... Mi olor... Cuando vuelvas, el que se habrá acostumbrado a esta casa, al olor de esta casa, será él. Entonces sentirá que es su casa. También se habrá acostumbrado a mí, a mi olor, a Adrià y al suyo. Entonces ya no querrá ir a ninguna otra parte.

SANTI.— A Adrià le gustará.

BERTA.— A mí también. Ya me gusta. Me parece que tiene mis ojos, pero la nariz sin duda es tuya.

SANTI.— ¿Lo ves? Estaba allí, en medio de la carretera... Mutilado, pobre bestia. ¿Por qué le cortarían la cola?

BERTA.— ¿Y esta marca del cuello?

SANTI.— ¿Qué te han hecho?

ALGUIEN.— Intenta tocarme el cuello. Me echo hacia atrás. Hago un gesto repentino. Quizá violento. Sí, violento. Le enseño los dientes.

SANTI.— Eh... Tranquilo... Solo quiero... No te haré nada.

BERTA.— Ten cuidado, que no te muerda.

SANTI.— Es como si lo hubiesen atado con una cuerda. Lo tiene magullado. También heridas por todo el cuerpo. ¿Quién te ha hecho daño? Hay que ser muy /

BERTA.— Nunca había visto una cara tan humana. ¿Quién eres? ¿De dónde has salido?

SANTI.— De pequeño tuve uno.

BERTA.— ¿Cómo se llamaba?

SANTI.— Bruc.

BERTA.— Nunca me has hablado de él.

SANTI.— ¿No?

BERTA.— No. Nunca. ¿Por qué no lo llevas a tu casa?

SANTI.— (...)

BERTA.— Si tuvisteis un perro --- ¿de verdad te parece que es un perro...? Quizá a tu padre le haría ilusión.

SANTI.— Mi padre es mayor... Prefiero... Mejor que no. Claro que es un perro.

BERTA.— Es tan bonito que duele. Si le aguanto mucho rato la mirada, creo que me echaré a llorar.

SANTI.— ¿Por qué dices eso?

BERTA.— No lo sé. Nos mira, como si supiese que estamos hablando de él... Esperando mi aprobación... ¿Por qué me haces esto?

SANTI.— Tendrías que haberlo visto en medio de la carretera... Empapado. Podía haberlo atropellado cualquier coche. Menos mal que no pasa mucha gente. Parecía esperar a que lo atropellaran.

BERTA.— ¿Por qué prefieres ir por allí y no por la carretera nueva? No pasa nadie. Imagínate que...

SANTI.— (...)

BERTA.— ... que te ocurre algo. Podrían pasar horas sin que nadie te encontrase.

SANTI.— ¿Qué quieres que me ocurra? ¿Qué me va a ocurrir? Parece que quieres que me ocurra algo.

BERTA.— No quiero que te ocurra nada. Es estrecha. Llena de curvas. No circula nadie. Aunque mejor así. Casi no hay espacio para que pasen dos coches y más vale no encontrarse con otro que venga de frente... El bosque... tan espeso... Las montañas... Es un lugar difícil de transitar. Esa zona es tan sombría que, tanto a primera hora como al atardecer, siempre está escarchada. No entiendo por qué, habiendo una carretera nueva, tú prefieres pasar por esa, por la que ya no pasa nadie.

SANTI.— No hay nada más bonito que conducir entre árboles cubiertos de escarcha. ¿Nos lo quedamos?

BERTA.— Querrás decir “me lo quedo”. ¿Estás seguro de que no es un zorro?

SANTI.— ¿Cómo va a ser un zorro? Un zorro no se dejaría acariciar. Tampoco coger. Lo he llevado en brazos. No habría subido al coche. ¿No has visto lo manso que es?

BERTA.— Más bien huraño.

SANTI.— Todavía no nos conoce.

BERTA.— Te ha enseñado los dientes. Ha intentado /

SANTI.— Era su forma de decir que tiene miedo.

BERTA.— ¿Sabes que anda un zorro por el pueblo? Ha entrado en varias casas e incluso ha matado animales: gallinas, conejos...

SANTI.— No tiene el aspecto de un zorro.

BERTA.— Tampoco de un perro. Quizá es poco salvaje para vivir en el bosque y será poco doméstico para vivir en una casa. ¿Un zorro se podría haber cruzado con un perro?

SANTI.— ¡No digas tonterías! ¿Lo has pensado? En este pueblo todo el mundo tiene un perro. Ahora seremos como todo el mundo. Pero diferentes. Tendremos un perro que parece un zorro. ¿Así que anda uno por el pueblo?

BERTA.— Dicen.

SANTI.— ¿Te lo has inventado?

BERTA.— ¿Por qué iba a hacerlo?

SANTI.— Para que cambie de idea.

BERTA.— ¿Cambiarías de idea si no fuese un perro?

SANTI.— ¿No te gusta?

BERTA.— Haremos creer a todo el mundo que es un perro.

SANTI.— Si no lo fuese... Sí... Me gustaría tener un zorro.

ALGUIEN.— Así llegué a casa de Berta, que, en cierto modo, también es la de Santi. Hará unos... cuatro años. Creo que a Santi le recuerdo a alguien. ¿A Bruc, tu perro de niño? ¿O quizá no? ¿A quién? Y a ti, Berta... ¿A quién te recuerdo? A Adrià, quizá a su padre, al que no ha conocido nunca y que ni siquiera sabe quién es.

BERTA.— Antes de que crezcas y empieces a hacer preguntas, te lo digo ahora y nos olvidamos para siempre. Aunque te cueste creerlo, un día tu madre fue joven y alocada. No sé quién era. Tampoco cómo se llamaba. Un turista. Creo. Quizá... nórdico. O del este. Tampoco lo recuerdo. Incluso se me ha borrado la cara. Era un chico muy guapo, de eso sí que me acuerdo. Como un animal salvaje. Yo iba en coche. Él hacía autostop. Lo subí. Fue así como pasó.

ALGUIEN.— Ahora Adrià tiene veintipocos años. Cuando Berta le soltó esto, tendría unos diecisiete. Ninguno de los dos ha hablado de ello nunca más. No ha hecho falta. Este fin de semana empezará el verano. El pueblo, desde que salen los primeros brotes y hasta que florecen, está precioso. Son cuatro casas mal contadas, de entre las que sobresale la chimenea larga y afilada de la antigua fábrica. Berta se ha despertado. Debe de haber notado la ausencia de Santi en la cama. Quizá su inquietud, que también podría ser la de ella. Baja sigilosamente las escaleras. Santi está de espaldas, pero siente la presencia de Berta y que nos está observando. También, que yo he levantado la cabeza y la miro. Santi continúa mirándome fijamente. Ella empezará a hablar y él, al menos de momento, no se da la vuelta.